
Presentación

Efemérides

En la presente *Agenda Cultural* se les rinde homenaje a los escritores antioqueños Epifanio Mejía (Yarumal, 1838-Medellín, 1913) y Manuel Mejía Vallejo (Jericó, 1923-El Retiro, 1998) mediante algunos artículos sobre ellos y una muestra de sus obras. Como se ve, del primero se cumplen cien años de su muerte y del segundo noventa de su nacimiento. Más allá de cifras, años y homenajes, de lo que se trata en estos casos es de llamar la atención de los lectores acerca de unas obras de las cuales el tiempo, ante todo el tiempo, conserva su vigencia, si no del todo, sí parcialmente. De Epifanio Mejía, casi una leyenda de nuestras letras dada la ignorancia, las lagunas y las especulaciones en torno a su historia y a los papeles que desempeñó en un tiempo signado por la precariedad y los métodos arcaicos, y por una enajenación mental que, como digo, ha ahondado el mito hasta el comentario retorcido y poco creíble (además de poco elegante, claro), nos ha quedado una obra largamente valorada con el paso de los años, no siempre con ecuanimidad y juicio crítico sino a veces mediante la ponderación exagerada y la exaltación de la raza y el regionalismo, dos aspectos muy poco apropiados para hablar de literatura, y mejor enfilados para hacer panegíricos huecos y construir retóricas insustanciales. Creador del himno antioqueño (él escribió el poema “El canto del antioqueño”, del cual más tarde adaptaron el himno, para ser más exactos) y de poemas grabados en la memoria de generaciones enteras y sucesivas por su musicalidad y su sencilla construcción, la poesía de Epifanio Mejía debe valorarse en la perspectiva que ofrece el ya largo tiempo corrido y ver si su importancia alcanza para

hablar de una influencia en algunas de las voces posteriores a su tiempo, así como en algunas de las voces contemporáneas. Si la obra no resurge en las nuevas poéticas ni los lectores la reclaman como propia y actual, el tiempo la hace pasto del olvido.

De Manuel Mejía Vallejo, más reciente entre nosotros, su huella parece fresca y su voz cercana. Voz de conversador y de hombre, también, de la tierra. Su prosa áspera y telúrica, de pronto, encontró (porque era suya) la poesía. Y en ella, sin duda, se hace perdurable. Su narrativa está llena de gente y de paisaje local, pero trasciende en el lenguaje, en la fina trama de los detalles. En el canto. Premios y reconocimientos, aquí y allá, hablan de lectores agradecidos y verdaderos. Algunas de sus obras, sin duda, esperan más lectores. Y el conjunto de ella, al igual, balances equilibrados lejos de la paja de la retórica.

Para los dos escritores, que ante todo realizaron una obra guiada por la sinceridad y la voluntad a toda prueba, retomo parte de un texto de Juan de Dios Uribe referido a Epifanio Mejía que el lector encontrará, completo, más adelante. Una lección (¡en el siglo XIX!) de sensatez que a menudo se olvida. O nunca se aprendió: “Estemos, pues, satisfechos de nuestra admiración por Epifanio Mejía [...]. Es un poeta sincero y honrado que está en el secreto de la tierra, que ha trabajado con el sudor de su frente [...]. No queremos ni necesitamos encumbrar nuestro poeta sobre picos inaccesibles, ni decir de él lo que no se conforme con la verdad porque mañana caerá de esa altura y estaríamos nosotros desautorizados por nuestras propias exageraciones”.

Luis Germán Sierra J.